

## EL CAMINO DE SANTIAGO: UNA VÍA DE ESPERANZA PARA EUROPA

SEMINARIO DE ECOLOGÍA INTEGRAL 2025

El Camino de Santiago: un itinerario cultural, natural y espiritual  
para la construcción de la identidad europea

Fundación Pablo VI – 1 de octubre de 2025 / 4 de febrero de 2026

1

Mons. Francisco José Prieto Fernández  
Arzobispo de Santiago de Compostela

En la Bula de convocatoria del Jubileo Romano 2025, el papa Francisco, tras mencionar expresamente la peregrinación a Santiago de Compostela en el contexto de otros Jubileos de la historia, señalaba que “es bueno que esa modalidad “extendida” de celebraciones jubilares continúe, de manera que la fuerza del perdón de Dios sostenga y acompañe el camino de las comunidades y de las personas. No es casual que la peregrinación exprese un elemento fundamental de todo acontecimiento jubilar. Ponerse en camino es un gesto típico de quienes buscan el sentido de la vida. La peregrinación a pie favorece mucho el redescubrimiento del valor del silencio, del esfuerzo, de lo esencial”<sup>1</sup>.

Todos los pueblos tienen sus caminos, pero Europa tiene uno que la abraza de Oriente a Occidente y se llama Camino de Santiago. No es exagerado afirmar que la historia de Europa, su alma y su ser están reflejadas en el Camino de Santiago, que es lo mismo que decir Camino de Europa (¿universal?).

<sup>1</sup> FRANCISCO, Bula de convocatoria de Jubileo Ordinario 2025 *Spes non confundit* (Roma 2024) 5.

## 1. EL CAMINO, ALFABETO ÉTICO DEL HOMBRE

2

El hombre sabe que su vida es un camino con un pasado y un futuro. Física y culturalmente la vida del hombre es un proceso, un camino que se va recorriendo cada día. La palabra que mejor refleja lo que es la vida humana es, sin duda, la palabra “peregrinación”. Le acompañan otras preguntas vitales, tales como: ¿de dónde vengo? ¿Qué hago en este mundo? ¿A dónde voy? ¿Qué sentido tiene lo que soy, hago, busco, sufro...? ¿Cuál es mi relación con la Naturaleza, con las otras criaturas? Encontrar respuesta a estas preguntas es lo que da sentido al camino de la vida, a la peregrinación de la existencia humana.

Por eso definir al hombre como *viator/peregrino/caminante, homo viator*, parece querer decir, en efecto, que el hombre “está siempre en camino”, y que sólo cuando está en camino es verdaderamente hombre; más incluso que cuando está en reposo, en su posada. Se trata de advertir y de apreciar, con Don Quijote, que “vale más camino que posada”, o que “el camino es mejor que la posada”<sup>2</sup>.

Un camino que recorremos con los pies en la tierra, en el suelo y en el barro de la vida y de la historia, para evitar la tentación de vaciar la Encarnación y sus implicaciones, a través del éxodo vital que nos conduce a la Tierra Prometida, la verdadera patria. Y para ello hay que tomar el sendero que conduce a la vida<sup>3</sup>.

De hecho, podemos decir que ser y estar en camino define no sólo la existencia del creyente, sino la misma existencia humana. Conforme a las conocidas palabras de san Agustín, “Nos has creado para Ti, e inquieto

<sup>2</sup> Palabras apócrifas atribuidas por José Ortega y Gasset a Cervantes en *La rebelión de las masas* (1<sup>a</sup> parte, cap. III).

<sup>3</sup> Catequesis de las dos vías en *Didajé* 1,1: “hay dos caminos: uno de la vida, y otro de la muerte; pero muy grande es la diferencia entre los dos caminos”; también en el *Pseudo-Bernabé*.

está nuestro corazón hasta que descance en Ti”, el ser humano es siempre peregrino hacia la meta, hacia la plenitud.

Este caminar no es algo incoherente y sin sentido, sino que está profundamente relacionado con la trascendencia y el más allá. Por eso el creyente recorre su camino consciente de que realiza una peregrinación hacia el encuentro definitivo con el Padre. En numerosas ocasiones el papa Francisco se refería a esta condición del ser humano. En su exhortación *Evangelii Gaudium* escribió que todo cristiano debería llevar consigo la “dinámica del éxodo” (EG 21), salir de sí mismo y caminar para ir siempre más allá de toda etapa alcanzada. Dice incluso que “la intimidad de la Iglesia con Jesús es una intimidad itinerante” (EG 23), indicando así que la comunión con él es un camino permanente que no debe provocar miedo ni producir cansancio.

En una audiencia general (26 de abril de 2017), el papa Francisco decía lo siguiente:

“Nuestra existencia es una peregrinación, un camino. También los que están movidos por una esperanza especialmente humana, perciben la seducción del horizonte, que les empuja a explorar mundos que aún no conocen. Nuestra alma es un alma migrante. La Biblia está llena de historias de peregrinos y viajeros. La vocación de Abraham comienza con este mandamiento: «Vete de tu tierra» (Génesis 12, 1). Y el patriarca deja ese pedazo de mundo que conocía bien y que era una de las cunas de la civilización de su tiempo. Todo conspiraba contra la sensatez de ese viaje. Y aun así Abraham sale. No nos convertimos en hombres y mujeres maduros si no se percibe la atracción del horizonte: ese límite entre el cielo y la tierra que pide ser alcanzado por un pueblo de caminantes”.

En el principio, en la misma “Génesis”, podemos aludir a la peregrinación creadora: Dios sale de su silencio y por amor pone en acto la vida frente al vacío y el caos. El Dios Creador pone su huella en el hombre, el que será el peregrino primigenio, creado a su imagen y semejanza.

Es Adán el primer peregrino: salida (pecado) y regreso (promesa); caída y redención; una peregrinación en la espera de volver al Paraíso. Paradigma de todo hombre. Dice Olegario de Cardedal: “el hombre no es estancia sino andadura, no es una posada sino un camino. Ser hombre es avanzar desde el punto en que uno es lanzado por un trayecto que debe reconocer y asumir a la luz de un proyecto que integre el presente, el pasado y el futuro” (*La entraña del cristianismo*, p. 306).

Y tras el camino abierto en Adán, cimiento fundante del *homo viator*, no cabe duda que la imagen paradigmática de peregrino y de la peregrinación, es Abrahán. Sale de su tierra y de entre los suyos para ir lejos (cf. Gn 12, 1), más allá de lo inmediato, de lo que uno conoce o posee; el que se pone en camino para saber de abandono y desprendimiento; el que se encamina a una tierra donde encontrar lo prometido; el que confía que en el camino no quedará abandonado a pesar del cansancio; el que aprende en la escucha de Dios; el que hace de su familia acogida y hospitalidad para aquellos enviados de Dios que son huéspedes del peregrino de Dios (cf. Gn 18, 1-8).

Y desde Abrahán aquel pueblo [todos y cada uno de nosotros] se hace peregrino en la tierra y en la historia, entre la libertad y la esclavitud, entre la fidelidad y la idolatría, entre Dios y los dioses. Como el mismo peregrino que, consciente de que en este mundo no tenemos una morada estable y definitiva, recorre el camino y afronta las dificultades como un éxodo entre desiertos y oasis hasta llegar a la venturosa meta de una Tierra Prometida, más allá de lo visible y pasajero

Por ello, la peregrinación a Santiago ha de ser una renovada llamada a Europa a elevar la mirada más allá de los intereses personales y de las posesiones materiales y abrirse a un horizonte trascendente. Atravesar la Puerta Santa [o llegar hasta la tumba del Apóstol Santiago] es cruzar el umbral de la misericordia de Dios y comprometernos a ser misericordiosos con los demás como el Padre lo es con nosotros (cf. Francisco, MV 14). Peregrinar, como un sinónimo de conversión, es volver

la mirada a Dios y a los hermanos. Significa también elevar la mirada más allá de los intereses personales y de las posesiones materiales.

5

Ahora bien, en el escenario propiamente religioso se constata que el patrimonio de fe, de vida, de cultura, de valores heredado, se ha vuelto prescindible para el europeo de hoy. Dios ya no es necesario en la vida cotidiana (“eclipse del sentido de Dios”, Benedicto XVI). El hombre de hoy no percibe la ausencia de Dios como algo que falta en su vida. Vivimos en un mundo en el que, pese a la cultura y la historia de hondas raíces cristianas, no se puede presuponer la fe. Aún percibimos un barniz cristiano, pero se vive realmente de espaldas a Dios y a las implicaciones éticas de la misma fe en Dios.

Al evocar hoy el Camino de Santiago quisiera recordar la llamada de san Juan Pablo II desde la catedral Compostelana: “Te lanza, vieja Europa, un grito lleno de amor: Vuelve a encontrarte. Sé tú misma. Descubre tus orígenes. Aviva tus raíces” (*Discurso en el acto europeísta*, 9 nov 1982); o la del papa Benedicto desde la Plaza del Obradoiro, donde recordó que “la Europa de la ciencia y de las tecnologías, la Europa de la civilización y de la cultura, tiene que ser a la vez la Europa abierta a la trascendencia y a la fraternidad con otros continentes, al Dios vivo y verdadero desde el hombre vivo y verdadero” (*Homilía en la plaza del Obradoiro*, 6 nov 2010).

**Es evidente que se está abriendo ante nosotros un tiempo nuevo, una época nueva, con fuertes incertidumbres y grandes desafíos, que en muchas personas puede generar angustia y desesperanza:** el desarrollo de la inteligencia artificial, la edición genética de embriones humanos y por tanto la posibilidad del “ser humano a la carta”, la soledad no deseada de tantos hombres y mujeres, el notable incremento de la patología mental, el cambio climático y la ruptura de la armonía con la Naturaleza, la quiebra del diálogo internacional y del multilateralismo, etc.

Hoy más que nunca los creyentes tenemos que ser hombres y mujeres de esperanza y revitalizar el sentido comunitario de la existencia humana. Si la esperanza es algo constitutivo en la vida humana como principio dinámico, parece evidente que el peregrino, en marcha hacia aquello que anhela y que confía alcanzar, es el hombre de la esperanza, haciendo presente que el esperar es principio y meta de la vida. El peregrino no es un viajero cualquiera, es un viandante que sostenido por la fe y la esperanza camina con tesón y generosidad hacia valores superiores.

Además, este tiempo no es un camino que recorremos solos. En palabras del papa Francisco, caminemos en esperanza por las semillas de bien que Dios sigue derramando en la humanidad y asumamos que, ante este reto y siempre, nadie se salva solo (cf. *Fratelli tutti* 54-55).

En el Camino de Santiago podemos encontrar aliento y esperanza para que no seamos meros espectadores, sino partícipes de lo recibido, y reflexionar con lucidez sobre nuestro ser, nuestra civilización, nuestros proyectos, fracasos y conquistas.

## 2. EL CAMINO DE SANTIAGO, RUTA Y HORIZONTE DE ESPERANZA PARA EUROPA

En el significado profundo de la peregrinación podemos atisbar algunos caracteres sumamente importantes del ser humano, de tal modo que supone un ejercicio verdaderamente humanizador ponerse en camino. Es evidente que la peregrinación es símbolo y a la vez realización concreta de la condición del hombre que camina bajo el signo de la esperanza, que por ello se pone en pie y se pone en camino para encontrarse con un horizonte de plenitud. Es el hombre finito, necesitado de realidades de valor superior, que hay que buscar y alcanzar con empeño y esperanza. A veces son realidades escondidas en la

intimidad personal, que precisan de un viaje hasta ese fondo íntimo para encontrarlas.

En palabras de Benedicto XVI: “El cansancio del andar, la variedad de paisajes, el encuentro con personas de otra nacionalidad, los abren a lo más profundo y común que nos une a los humanos: seres en búsqueda, seres necesitados de verdad y de belleza, de una experiencia de gracia, de caridad y de paz, de perdón y de redención. Y en lo más recóndito de todos esos hombres resuena la presencia de Dios y la acción del Espíritu Santo. Sí, a todo hombre que hace silencio en su interior y pone distancia a las apetencias, deseos y quehaceres inmediatos, al hombre que ora, Dios le alumbra para que le encuentre y para que reconozca a Cristo. Quien peregrina a Santiago, en el fondo, lo hace para encontrarse sobre todo con Dios que, reflejado en la majestad de Cristo, lo acoge y bendice al llegar al Pórtico de la Gloria” (*Homilía. Santa Misa en la plaza del Obradoiro. Año Santo Compostelano. 6 de noviembre de 2010*).

Con estos elementos de valor sobre el caminar mismo, se perfila la riqueza propia del camino, de la vía por la que discurre el peregrino. El Camino de Santiago es un valor excelente, una espléndida vía de humanidad y humanización. Eso explica que también para no creyentes o menos creyentes, el Camino tenga valor y sentido en sí mismo. Y nos ayude a centrar, sin ambigüedades ni equívocos, el lugar del cristianismo como raíz de la identidad y de la unidad europeas, y de la renovación de la Europa presente.

El Camino de Santiago es una red intensa, preciosa, de presencias del pasado y del presente, un inmenso mosaico de testimonios de historia, de arte, de religiosidad, de actos y actitudes de generosidad gratuita, que lo convierten en una ruta que ofrece al peregrino una posibilidad única de experimentar cada día una historia de belleza, de verdad y de bondad humana. Y también una historia de Dios.

El camino de Santiago surge como **una oportunidad** de la conciencia cristiana hecha desde la fe y con la fe. Hoy, con nueva actualidad, vuelve a cobrar sentido como camino de renovación religiosa, de conversión, de fe en Jesucristo, de redescubrimiento de la propia identidad cristiana, de comunión eclesial y, por tanto, de reconciliación, de unidad y de paz entre todos los hombres, de reconciliación también con la Naturaleza y la búsqueda de armonía interior.

Cuando estamos al inicio del **VIII Centenario del Tránsito de San Francisco de Asís**, sus palabras en el *Cántico de las Criaturas* pueden ayudarnos en nuestra meditación:

Loado seas, mi Señor,  
con todas tus criaturas,  
especialmente el señor hermano sol,  
el cual es el día, y por él cual nos alumbras;  
y es bello y radiante con gran esplendor:  
de ti, Altísimo, lleva significación.

Loado seas, mi Señor,  
por la hermana luna y las estrellas,  
en el cielo las has formado  
claras y preciosas y bellas.

Loado seas, mi Señor,  
por el hermano viento,  
y por el aire y el nublado

y el sereno y todo tiempo,  
por el cual a tus criaturas das sustento.

Loado seas, mi Señor,  
por la hermana agua,  
que es muy útil y humilde  
y preciosa y casta.

Loado seas, mi Señor,  
por el hermano fuego,  
por el cual alumbras la noche,  
y es bello y alegre  
y robusto y fuerte.

Loado seas, mi Señor,  
por nuestra hermana  
la madre tierra,  
que nos sustenta y gobierna,  
y produce distintos frutos  
con flores de colores y hierbas.

Cuando el espíritu europeísta que caracterizó a figuras clave de nuestra historia como Robert Schuman, Jean Monnet, Konrad Adenauer y Alcide De Gasperi, entre otros muchos, parece disolverse; en esta hora

dramática en la que incluso la idea de democracia liberal está en cuestión, el Camino de Santiago de Compostela y la Catedral que guarda la memoria del Apóstol tienen que seguir inspirando los grandes valores del humanismo cristiano, que están en el ser de Europa: respeto de la dignidad humana, libertad, democracia, igualdad, bien común, Estado de Derecho. Los ciudadanos europeos necesitan volver a escuchar aquellas proféticas y esperanzadoras palabras de san Juan Pablo II desde Santiago de Compostela, cuando concluía su primer viaje a España (9 de noviembre de 1982):

*Mi mirada se extiende en estos instantes sobre el continente europeo, sobre la inmensa red de vías de comunicación que unen entre sí a las ciudades y naciones que lo componen, y vuelvo a ver aquellos caminos que, ya desde la Edad Media, han conducido y conducen a Santiago de Compostela —como lo demuestra el Año Santo que se celebra este año— innumerables masas de peregrinos, atraídas por la devoción al Apóstol.*

*Aquí llegaban de Francia, Italia, Centroeuropa, los Países Nórdicos y las Naciones Eslavas, cristianos de toda condición social, desde los reyes a los más humildes habitantes de las aldeas...*

*Europa entera se ha encontrado a sí misma alrededor de la «memoria» de Santiago, en los mismos siglos en los que ella se edificaba como continente homogéneo y unido espiritualmente. Por ello el mismo Goethe insinuará que la conciencia de Europa ha nacido peregrinando...*

*... Después de veinte siglos de historia, no obstante los conflictos sangrientos que han enfrentado a los pueblos de Europa, y a pesar de las crisis espirituales que han marcado la vida del continente — hasta poner a la conciencia de nuestro tiempo graves interrogantes sobre su suerte futura— se debe afirmar que la identidad europea es incomprensible sin el cristianismo, y que precisamente en él se hallan aquellas raíces comunes, de las que ha madurado la civilización del continente, su cultura, su dinamismo, su actividad, su capacidad de expansión constructiva*

*también en los demás continentes; en una palabra, todo lo que constituye su gloria.*

*Y todavía en nuestros días, el alma de Europa permanece unida porque, además de su origen común, tiene idénticos valores cristianos y humanos, como son los de la dignidad de la persona humana, del profundo sentimiento de justicia y libertad, de laboriosidad, de espíritu de iniciativa, de amor a la familia, de respeto a la vida, de tolerancia y de deseo de cooperación y de paz, que son notas que la caracterizan.*

En los albores del nuevo milenio, el entonces cardenal Ratzinger participaba en un Simposio de la Sorbona de París (*Dos mil años después ¿de qué?*) con una conferencia titulada *Cristianismo. La victoria de la inteligencia sobre el mundo de las religiones*. En ella sostiene que la universalidad del cristianismo es consecuencia de dos factores: “la unión de la fe con la razón” (apertura a la racionalidad filosófica y a la cuestión de la verdad frente al mundo mítico del paganismo) y la “orientación de la acción hacia la cáritas”<sup>4</sup>.

El éxito del cristianismo en la antigüedad se debió a una admirable y sencilla síntesis entre razón griega (*Logos*), derecho romano (*Ius*) y amor genuinamente cristiano (*Agape*): el *Logos* que crea y salva y es donación encarnada del Amor de Dios, ese *Agape* que purifica el eros; y ambos, *Logos* y *Agape*, generan orden y armonía, un *Ius* nuevo, una nueva justicia social<sup>5</sup>.

Esta síntesis armoniosa y potente del cristianismo primitivo continúa a ser la decisiva aportación de Verdad, Caridad y Justicia que

<sup>4</sup> La conferencia fue pronunciada el 27 de noviembre de 1999, y puede verse en J. RATZINGER, *fe, verdad y tolerancia. El cristianismo y las religiones del mundo.* (Salamanca 2005<sup>2</sup>), pp. 142-160. Fue publicada completa en *Documentation Catolique* 1 (2000) 29-35 en francés, y en *30 Días* 1 (2000) 33-44.

<sup>5</sup> Cf. G. HERNÁNDEZ PELUDO, ‘¿Por qué sobrevivió el cristianismo en el mundo antiguo? Una cuestión de futuro’, *Salmanticensis* 60 (2013) 533-543.

podemos ofrecer y compartir con los hombres y mujeres que habitan la Europa actual. Con palabras del papa León XIV: “El amor cristiano supera

12

cualquier barrera, acerca a los lejanos, reúne a los extraños, familiariza a los enemigos, atraviesa abismos humanamente insuperables, penetra en los rincones más ocultos de la sociedad. Por su naturaleza, el amor cristiano es profético, hace milagros, no tiene límites: es para lo imposible. El amor es ante todo un modo de concebir la vida, un modo de vivirla. Pues bien, una Iglesia que no pone límites al amor, que no conoce enemigos a los que combatir, sino sólo hombres y mujeres a los que amar, es la Iglesia que el mundo necesita hoy”<sup>6</sup>.

En el origen de la civilización europea se encuentra el cristianismo, sin el cual los valores occidentales de la dignidad, libertad, fraternidad y justicia resultan incomprensibles. En nuestro mundo multicultural tales valores seguirán teniendo plena valor si saben mantener su nexo vital con la raíz que los engendró. Así, cabe la posibilidad de edificar sociedades habitadas por “una sana laicidad”, tal como proponía el papa Benedicto XVI (frente al laicismo, en cuanto excluyente y hostil)<sup>7</sup>, sin contraposiciones ideológicas, en las que encuentran igualmente su lugar el oriundo, el autóctono, el creyente y el no creyente.

Nuestra época está dominada por el concepto de crisis. Está la crisis económica, que ha marcado el último decenio, la crisis de la familia

---

<sup>6</sup> LEÓN XIV, Exhortación apostólica *Dilexi te* (Roma, 4 de octubre de 2025) 120.

<sup>7</sup> BENEDICTO XVI, *Discurso 56 Congreso Nacional de la Unión de Juristas Católicos Italianos* (Roma, 9 de diciembre de 2006): “la base doctrinal de la “sana laicidad”, la cual implica que las realidades terrenas ciertamente gozan de una autonomía efectiva de la esfera eclesiástica, pero no del orden moral. Por tanto, a la Iglesia no compete indicar cuál ordenamiento político y social se debe preferir, sino que es el pueblo quien debe decidir libremente los modos mejores y más adecuados de organizar la vida política. Toda intervención directa de la Iglesia en este campo sería una injerencia indebida.

Por otra parte, la “sana laicidad” implica que el Estado no considere la religión como un simple sentimiento individual, que se podría confinar al ámbito privado. Al contrario, la religión, al estar organizada también en estructuras visibles, como sucede con la Iglesia, se ha de reconocer como presencia comunitaria pública. Esto supone, además, que a cada confesión religiosa (con tal de que no esté en contraste con el orden moral y no sea peligrosa para el orden público) se le garantice el libre ejercicio de las actividades de culto —espirituales, culturales, educativas y caritativas— de la comunidad de los creyentes”.

También en el Palacio del Eliseo, en 2008; o en Westminster Hall (aula más antigua del Parlamento británico) en 2010.

y de los modelos sociales consolidados, está la difundida «crisis de las instituciones» y la terrible crisis de los migrantes: crisis que muestran el miedo y la profunda desorientación del hombre contemporáneo. A pesar de todo, el término «crisis» no tiene por sí mismo una connotación negativa. No se refiere solamente a un mal momento que hay que superar. La palabra crisis tiene su origen en el verbo griego *crino* (κρίνω), que significa investigar, valorar, juzgar. Por esto, nuestro tiempo es un tiempo de discernimiento, que nos invita a valorar lo esencial y a construir sobre ello; es, por lo tanto, un tiempo de desafíos y de oportunidades.

### 3. UNA MOCHILA Y UN BASTÓN (Y ALGO MÁS) PARA UNA EUROPA PEREGRINA

La idea de que "Europa nace peregrinando a Santiago" es una afirmación atribuida (apócrifa) al escritor alemán Goethe para describir cómo el Camino de Santiago fue un motor para la unificación cultural y religiosa del continente, creando un sentimiento de comunidad y conciencia común europea a través de la fe, el intercambio de ideas y la conexión entre pueblos dispares<sup>8</sup>.

#### 1. Europa como comunidad de valores

- Europa no es solo un espacio económico o burocrático, sino una **comunidad de pueblos y culturas** con raíces profundas.
- Su identidad se forjó en torno a valores como la **dignidad humana, la solidaridad, la justicia y la búsqueda del bien común**.

#### 2. Centralidad de la persona

<sup>8</sup> El político y europeísta gallego Gerardo Fernández Albor afirma que la frase atribuible al escritor alemán es la siguiente: 'Europa ist aus der Pilgerschaft geboren' –'Europa nació en la peregrinación'. Una frase casi idéntica la recoge Millán Bravo Lozano, latinista y gran estudioso del Camino y de sus orígenes, quien en un libro en alemán de 1992 sobre Compostela –*Santiago de Compostela: auf alten Wegen Europa neu entdecken*– destaca la siguiente frase de Goethe: "Europa ist auf der Pilgerschaft gobernen und das Christendom ist Seine Muttersprache" –'Europa nació en la peregrinación y la cristiandad es su idioma materno'.

- La tentación de reducir al ser humano a un engranaje del mercado o de la técnica, Europa debe poner en el centro a la persona con sus derechos y deberes, reconociendo su dimensión trascendente.

### 3. Una Europa abierta y dialogante

- Está llamada a ser **constructora de puentes** y promotora de paz.
- Debe mantener un espíritu de **diálogo intercultural e interreligioso**, sin caer en uniformidad ni en nacionalismos excluyentes.

### 4. Solidaridad y acogida

- La **acogida e integración de migrantes y refugiados**, frente a la “cultura del descarte” y los discursos polarizados y envenenados.
- La necesidad de una **solidaridad efectiva entre países** y de una Europa que no se encierre en sí misma.

### 5. Esperanza y creatividad

- Una “**Europa cansada, envejecida**” que necesita redescubrir la esperanza.
- Precisamos un **nuevo humanismo europeo**, creativo y fiel a sus raíces, capaz de ofrecer futuro a las jóvenes generaciones

**Europa encuentra de nuevo esperanza cada vez que pone al hombre en el centro y en el corazón de las instituciones.** Afirmando la centralidad del hombre significa también encontrar el espíritu de familia, con el que cada uno contribuye libremente, según las propias capacidades y dones, a la casa común. Es oportuno tener presente que Europa es una familia de pueblos y, como en toda buena familia, existen opiniones diferentes, pero todos podrán crecer en la medida en que estén unidos: unidad de las diferencias y unidad en las diferencias. Por eso las peculiaridades no deben asustar, ni se puede pensar que la unidad se preserva con la uniformidad. Esa unidad es más bien la armonía de una comunidad. Europa tiene necesidad de redescubrir el sentido de ser, ante todo, una «comunidad» de personas y de pueblos.

**Europa vuelve a encontrar esperanza en la compasión y la solidaridad**, que es también el antídoto más eficaz contra los modernos populismos. La solidaridad comporta la conciencia de formar parte de un solo cuerpo, y al mismo tiempo implica la capacidad que cada uno de los miembros tiene para «simpatizar» con el otro y con el todo. Si uno sufre, todos sufren (cf. 1 Co 12,26). La solidaridad no es sólo un buen propósito: está compuesta de hechos y gestos concretos que acercan al prójimo, sea cual sea la condición en la que se encuentre. Evitar que se asiente el egoísmo, que nos encierra en un círculo estrecho y asfixiante y no nos permite superar la estrechez de los propios pensamientos ni «mirar más allá».

**Europa vuelve a encontrar esperanza cuando no se encierra en el miedo de las falsas seguridades.** Por el contrario, su historia está fuertemente marcada por el encuentro con otros pueblos y culturas, y su identidad «es, y siempre ha sido, una identidad dinámica y multicultural». La apertura al mundo implica la capacidad de «diálogo como forma de encuentro» a todos los niveles. El miedo que se advierte encuentra a menudo su causa más profunda en la pérdida de ideales. Sin una verdadera perspectiva de ideales, se acaba siendo dominado por el temor de que el otro nos cambie nuestras costumbres arraigadas, nos prive de las comodidades adquiridas, ponga de alguna manera en discusión un estilo de vida basado sólo con frecuencia en el bienestar material. Por el contrario, la riqueza de Europa ha sido siempre su apertura espiritual y la capacidad de plantearse cuestiones fundamentales sobre el sentido de la existencia. La apertura hacia el sentido de lo eterno va unida también a una apertura positiva, aunque no exenta de tensiones y de errores, hacia el mundo. En cambio, parece como si el bienestar conseguido le hubiera recortado las alas, y le hubiera hecho bajar la mirada. Europa tiene un patrimonio moral y espiritual único en el mundo, que merece ser propuesto una vez más con pasión y renovada vitalidad, y que es el mejor antídoto contra la falta de valores de nuestro tiempo, terreno fértil para toda forma de extremismo.

**Europa vuelve a encontrar esperanza cuando invierte en el desarrollo y en la paz.** El desarrollo no es el resultado de un conjunto de técnicas productivas, sino que abarca a todo el ser humano (a todo el hombre y a todos los hombres; Pablo VI): la dignidad de su trabajo, condiciones de vida adecuadas, la posibilidad de acceder a la enseñanza y a los necesarios cuidados médicos. «El desarrollo es el nuevo nombre de la paz», afirmaba Pablo VI, puesto que no existe verdadera paz cuando hay personas marginadas y forzadas a vivir en la miseria. No hay paz allí donde falta el trabajo o la expectativa de un salario digno. No hay paz en las periferias de nuestras ciudades, donde abundan la droga y la violencia.

**Europa vuelve a encontrar esperanza cuando se abre al futuro.** Cuando se abre a los jóvenes, ofreciéndoles perspectivas serias de educación, posibilidades reales de inserción en el mundo del trabajo. Cuando cuida y protege a la familia, que es la primera y fundamental célula de la sociedad. Cuando respeta la conciencia y los ideales de sus ciudadanos. Cuando **defiende toda vida y todas las vidas** en toda su sacralidad.

**En la propuesta de esta Europa renovada y esperanzada** de la que formamos parte, **el Camino de Santiago se presenta como una valiosa identidad** que debemos cuidar en su valor humano y cristiano. Con este empeño se puede construir o sostener una metáfora espléndida y necesaria para los hombres de nuestro tiempo, para los europeos de esta hora y los muchos que vienen de otros continentes: la metáfora del Camino de Santiago está diciendo que el mundo o la vida tienen espacios y compañías que alientan y sostienen y que la peregrinación del vivir es un caminar sostenido por mil ámbitos, mil presencias y apoyos que lo tutelan y lo salvaguardan.

Cuidemos el Camino de Santiago como símbolo expresivo que alienta y sostiene el sentido y el gozo del peregrinar - aunque sea con esfuerzo y sacrificio- por el mundo, por la sociedad, por la vida. Como hay peregrinación porque hay una meta, el *homo Viator*, el hombre en camino

es y sólo puede ser, hombre de esperanza. La esperanza hace caminantes y sólo se camina bajo la esperanza.

Mantener la identidad propia del Camino de Santiago - religioso y cristiano por su origen, por su espíritu y por su meta - es un desafío y una responsabilidad. Preservar esta identidad genuina es una tarea a la que todos somos convocados.

17

En una de sus últimas audiencias, el papa Francisco, ante más de 5000 peregrinos y voluntarios italianos del Camino de Santiago, en la basílica de san Pedro (19 diciembre 2024), nos recordó **el sentido auténtico de la peregrinación a Santiago** en tres signos: “El primero es el silencio. El camino vivido en silencio te permite escuchar, escuchar con el corazón, y así encontrar, al caminar, a través del esfuerzo, las respuestas que tu corazón busca, porque tu corazón se pregunta... En segundo lugar, el Evangelio... La peregrinación se hace releyendo el camino que Jesús recorrió, hasta el don extremo de sí mismo. El camino es tanto más verdadero, tanto más cristiano, cuanto más nos lleva a salir de nosotros mismos y a entregarnos libremente, al servicio de los demás. Y esto es lo que hace el Espíritu Santo cuando leemos el Evangelio cada día... El tercer elemento de la peregrinación es lo que he llamado el «protocolo de Mateo 25»: «Todo lo que hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mt 25,40). El silencio, el Evangelio y hacer el bien a los más pequeños, a los más desfavorecidos. Siempre haciendo el bien. En el camino, estad atentos a los demás, especialmente a los que más luchan, a los que han caído, a los que están necesitados”.

## Conclusión

Cuando celebramos el **Día Internacional de la Fraternidad Humana**, que tiene lugar cada 4 de febrero desde el año 2021 (fue proclamado por la Asamblea General de las Naciones Unidas en 2020), las reflexiones anteriores parecen más pertinentes que nunca. La pregunta es clara: ¿De qué recursos intelectuales, morales y políticos disponemos

para redirigir nuestro propósito hacia una vida buena para todos, para un desarrollo humano integral?

A este respecto, y en una institución que lleva el nombre de Pablo VI, no puedo dejar de recordar las siguientes palabras de la encíclica *Populorum Progressio*: “El mundo está enfermo. Su mal está menos en la esterilización de los recursos y en su acaparamiento por parte de algunos que en la falta de fraternidad entre los hombres y entre los pueblos” (n. 66).

18

El Camino y su Meta, los caminos y la tumba del apóstol Santiago se presentan como un gran espacio abierto y un horizonte en el que caminan y hacia el que se encaminan los que buscan y los que no buscan, los inquietos y los indiferentes, los creyentes y los no creyentes. Y en ese camino debemos suscitar la pregunta por el sentido de la vida, por su horizonte trascendente. El Camino es ocasión providente para buscar a Dios y dejarse encontrar por Él, que nos aguarda, al final, en la Meta. Y como la mochila del peregrino, ligeros de equipaje, pero densos de vida y de ganas de encuentro, de propuestas, de escucha, para ofrecer al caminante el don de la fe que, como alguien escribió<sup>9</sup>, no es una bandera que se lleva con gloria, sino una vela encendida que se lleva con la mano entre la lluvia y el viento, en una noche de invierno.

Cuando Europa parece cansada y deprimida, cuando son tiempos donde la palabra guerra sigue resonando dramáticamente y la carrera armamentística se torna desaforada (gastando unos recursos que bien pudieran destinarse a resolver el problema del hambre que padecen millones de personas a lo largo del planeta como nos recuerda estos días Manos Unidas), cuando los lenguajes políticos han perdido credibilidad y ganado excesos (verbales ideológicos, sociales...), forjándose extremos que se ofrecen como nuevos mesianismos, los católicos tenemos que

<sup>9</sup> Palabras de la intelectual y política italiana, Natalia Ginzburg, en su libro *Nunca me pregunes*. Cita tomada de un artículo del cardenal G. Ravasi, ‘Dios al teléfono’ (*Vida Nueva* 2877).

comprometernos con la mejor política, esa que está verdaderamente al servicio del pueblo, del bien común, de la fraternidad.

En esta Europa, que encontró y encuentra una de sus realizaciones y expresiones más genuinas en el Camino de Santiago, debemos aprender a escuchar más y con más atención: el Camino muestra que Europa (la humanidad) es un proyecto común, ante todo de personas y pueblos, no únicamente de estrategias políticas y económicas, que deben ser escuchadas para construir mejor una fraternidad social que nos conduzca a ser “*un mensaje de esperanza basado en la confianza de que las dificultades puedan convertirse en fuertes promotoras de unidad, para vencer todos los miedos que Europa – junto a todo el mundo – está atravesando. Esperanza en el Señor, que transforma el mal en bien y la muerte en vida*

 (Francisco, Discurso al Parlamento Europeo, Estrasburgo, 25 de noviembre de 2014).

El Dios hecho carne nos enseñó que los rostros son más importantes que las ideas y que no podemos separar a Dios del prójimo, porque nos debemos amar unos a otros en aquel que nos amó primero. Es osado hablar de Dios, pero al mismo tiempo no podemos callar acerca de él, porque es Palabra que produce vértigo y misterio. Pero atención, “no se puede dar culto a Dios sin velar por el hombre, su hijo, y no se sirve al hombre si no le respondemos a la pregunta por Dios”, dijo Benedicto XVI en su viaje a Santiago de Compostela en noviembre de 2010.

Cuando el papa León XIV nos ha invitado a “diseñar nuevos mapas de esperanza”, nos están convocando a desafíos propios del peregrino que prefiere el camino a la cómoda posada: **“desarmen las palabras, levanten la mirada, custodien el corazón”**. Desarmen las palabras, porque la educación no avanza con la polémica, sino con la mansedumbre que escucha. Levanten la mirada. Como Dios le dijo a Abraham: «Mira al cielo y cuenta las estrellas» (Génesis 15,5): sepan preguntarse adónde van y por qué. Custodien el corazón: la relación está antes que la opinión, la persona antes que el programa. No desperdicien el tiempo y las oportunidades: «citando una expresión agustiniana: nuestro presente es

una intuición, un tiempo que vivimos y del que debemos aprovechar antes de que se nos escape de las manos»”<sup>10</sup>.

**¡¡Ultreia e Suseia!!**

---

<sup>10</sup> LEÓN XIV, Carta Apostólica *Diseñar nuevos mapas de esperanza* (Roma, 27 de octubre de 2025) 11.2.